

De punta a punta

Los cinco amigos acudieron a la cita puntualmente y casi en forma simultánea. Las reglas del juego fueron repasadas una por una. Una vez claro el objetivo se dispusieron a jugar. En definitiva era solo eso, un juego.

Las puertas del cementerio de Capital se imponían majestuosas ante la oscura luz nocturna de aquel martes por la noche. Las cinco miradas brillaban, concentrándose en el frío pasillo que se extendía hasta un lugar donde el final no era visible. La casilla del sereno estaba oscura, debía de dormir.

El juego consistía en sortear al azar el orden en que entrarían los jóvenes al cementerio, recorriendo el pasillo desde la puerta de entrada hasta la otra punta, donde se encontraba la puerta de salida. Una vez que el primero hubo de llegar, debía dar una señal con una linterna que indicaría su llegada y la salida del otro. Juntos ya los cinco amigos, debían volver y sentarse en la tumba más vieja que vieran a simple vista, procurando no estar cerca de la entrada ni de la casilla del sereno, y allí en plena oscuridad, solo con la luz de la luna, contar historias de terror hasta una hora aproximadamente antes del amanecer.

Mauricio fue el primero de los cinco. Comenzó a caminar sin temores, era sumamente escéptico y no sentía ningún tipo de adrenalina por el hecho de estar ahí. Lo único que lo motivaba hacerse presente en el lugar era juntarse con sus amigos y reírse de cómo se asustaban por creer en cosas que prácticamente no existían.

Quince minutos calculó Mauricio que había tardado en llegar a la otra punta, digo calculó ya que no contaban con relojes. Hizo la señal con la linterna a Sergio y este se dispuso a comenzar su marcha. Sergio era muy sumiso, respetaba las creencias religiosas de los demás pero se consideraba ateo, por lo tanto también era escéptico como Mauricio, solo

que con algunas pequeñas diferencias. A veces ciertos hechos un tanto increíbles a lo largo de su vida lo hacían dudar por algunos momentos sobre la existencia de un Dios o algo del más allá. Pero por lo general su postura era inamovible: no creía.

Sergio estaba en el primer año universitario de Arquitectura, por lo que a medida que caminaba, solía detenerse frente algunos mausoleos para observar los nichos como obras arquitectónicas más que como un lugar donde supuestamente descansan en paz los muertos. Justo cuando Sergio estaba parado mirando los vitrales de un sepulcro, le pareció ver cómo uno de los ángeles dibujados en el vidrio levantó su cabeza mirándolo fijo. El susto fue tan grande que creyó que había sido cierto, pero mientras caminaba con paso cada vez más veloz, se convenció de que era tan solo una ilusión óptica.

Al llegar junto a Mauricio, en total silencio dieron la señal a Germán. Germán estudiaba filosofía, no pertenecía a ninguna religión pero sí tenía consolidada su propia teoría filosófica, en la cual decía que algunas cosas existían y otras no. Por ejemplo no creía en Dios pero sí en las almas que gozaban en plenitud o las almas en pena, esto dependía del comportamiento que cada una hubiese tenido mientras duró su vida terrestre. Germán sabía muy bien que si molestaban e invocaban algún espíritu lo podrían ver, pero si la noche era tomada con total respeto nada malo iba a suceder.

Mientras Germán recorría el camino con miles de tumbas a ambos lados, oyó la voz de alguien que le dijo “vuelve, vuelve, tengo miedo”. Germán miró hacia atrás pero ya no distinguía la puerta de entrada. Guardó silencio y se concentró en llegar a la meta. “Vuelve, vuelve, soy Ariel” ¿Era realmente Ariel? Si Ariel había organizado el juego, ¿Por qué rompería las reglas adelantándose a la espera de la señal? Además el cuarto en salir debía de ser Federico, por lo que Germán pensó que le estaban jugando una broma y aceleró el paso.

Federico salió en cuarto lugar al ver la luz de la linterna. Él supuestamente era el más crédulo de todos. En reiteradas ocasiones había contado historias paranormales de las cuáles había sido protagonista, claro que nadie le creía porque ya tenía hecha la fama de mentiroso.

Federico llegó a la otra punta del cementerio corriendo, con una cara muy pálida. Casi sin respiro contó lo que nadie creyó. Rompiendo el pacto de silencio comenzó a decir que...

-: mientras iba caminando sentí alguien que me seguía de tras, y como Ariel es muy miedoso, pensé que venía a mi par. Cuando olvidé la presencia de Ariel por estar sumido en mis pensamientos, oí la voz de alguien que me dijo “vuelve, vuelve, no puede descansar”. Miré a Ariel pero no estaba, creía que con el único fin de asustarme se había escondido detrás de un panteón. Seguí caminando y oí, estaba seguro de ello, la voz de Ariel que me dijo que nos desviáramos un momento. Seguí su voz pensando que tendría en realidad un plan para asustarlos a ustedes, pero cuando di la vuelta por detrás de un nicho, veo a un hombre de espaldas, cavando un pozo. Deduje que era el sereno, por lo que en el más absoluto de los cuidados, retrocedí lentamente para que no notara mi presencia...

-: Pura falacia, dijo Mauricio.

Germán interesado en como venía la historia, hizo callar a Mauricio y dejó que Federico concluyera lo sucedido.

-: Busqué a Ariel con la mirada pero estaba muy oscuro. Las estatuas me asustaron bastante y la simple presencia del sereno dando vueltas por ahí me puso nervioso. Decidí llegar hasta acá y contarles lo que había pasado hasta ahí.

-: ¿Hay más?, dijo Sergio, bastante incrédulo.

-: Sí, hay más. Desde una de las bóvedas, oí a Ariel que me dijo “era por acá, mira lo que encontré”. Entré a la bóveda, bastante asustado por cierto, y Ariel había bajado por unas

escaleras a un subsuelo, le seguí de tras, muy confiado de que era él, cuando de repente oí que un chirrido se producía en los vitrales. Completamente seguro de que eran ustedes salí rápidamente de ahí dentro para atraparlos en el acto. Pero no había nadie.

-: ¿Y vos querés que te creamos? Dijo irónicamente Mauricio.

Federico ignorándolo, prosiguió con su relato.

-: Corrí hacia la puerta de entrada, pero llegué a la de salida.

-: Es decir ahora, dijo Germán.

-: No, no. Ustedes no estaban. Era esto pero sin ustedes. Eso me dejó en parte tranquilo porque estaba desorientado por un lado, pero si ustedes no estaban en la puerta de salida significaba que andaban por ahí tratando de asustarme.

-: Cuando en realidad nosotros jamás nos movimos de acá, comentó Mauricio.

-: Eso es lo que parece ahora.

-: ¿Cómo ahora? Preguntó Sergio.

-: Cuando llegué a la aparente puerta de salida. Apareció riéndose Ariel, diciendo si me había gustado la broma. Comencé a insultarlo y traté de pegarle pero se metió en otro panteón. Cuando entré en él esperando verlos a todos, leí un graffiti sobre uno de los cajones que decía “todo es real, hasta esto, el más allá”. Era la letra de Ariel por lo que me pareció una frase bastante pobre, y que por supuesto no causaba absolutamente nada de miedo. Volví a insultarlo y le pedí que saliera, que ya era suficiente. Cuando volví a agredirlo verbalmente uno de los cajones se cayó sobre mí y oí el grito de una mujer. “Déjame, déjame, dije que volvieran y ahora pagarán”. Esa voz si fue un verdadero susto. Con toda mi fuerza saqué el pestilente cajón de sobre mí y al hacerlo...

-: ¿Y al hacerlo qué? Dijo Mauricio.

-: La tapa de madera se abrió y el cuerpo putrefacto aparentemente de una mujer cayó sobre mí.

-: Fede, es muy poco creíble lo que estás contando, yo también oí una voz pero sé que eran ustedes. Dile a Ariel que salga de donde esté y contamos todas estas historias entre todos.

-: No Germán, es en serio. Si no, no estaría tan asustado.

-: Conociéndote, con todas las cosas que siempre nos contás, ya hubieses salido corriendo sin importarte que estuviésemos o no acá. Le reprochó Sergio.

-: Tengo que estar sí o sí porque cuando salí de ese panteón...

Federico abrió sus ojos, sin mirar a ningún lugar, con la mirada totalmente perdida. Su rostro se puso más pálido que antes y sus labios se mostraron morados, exhalando un aire frío de su boca, a pesar de que estaban en pleno verano. Escupió sangre y se desvaneció.

Ahora sí, aturdidos y estremecidos, Sergio, Mauricio y Germán, en plena confusión, cargaron el cuerpo de Federico para sacarlo del lugar y atenderlo en el centro de salud abierto toda la noche, evidentemente no estaba para nada bien y eso no parecía producto de la naturaleza.

Mientras volvían de regreso por el largo y ahora misterioso pasillo, los tres amigos concientes oyeron la voz que decía “debían de volver, ahora es tarde, debían de volver, ahora es tarde...” repetida esta frase en seis ocasiones seguidas.

El cuerpo de Federico se hacía cada vez más pesado y difícil de cargar. Casi a mitad de camino, los tres jóvenes perdieron casi todas sus fuerzas y dejaron caer el cuerpo. Un escalofriante eco se escuchó entre los pasillos del viejo cementerio. Mauricio quería dejar a toda costa el cuerpo de Federico abandonado, insistiendo en que ya debía de estar muerto y que era mejor perderlo antes de que siguiera con sus mentiras. Sergio se opuso rotundamente, extrañado de lo que acababa de escuchar, al instante en que Mauricio sonrió

diciendo que era tan solo una broma, y por cierto, de muy mal gusto. La situación no quedó bastante clara pero no importaba, lo importante era que Ariel no aparecía y casi no tenían fuerzas para mover un cuerpo aparentemente muerto.

El pánico reinaba entre los tres y la linterna había dejado de funcionar desde aquel momento en que Federico llegaba a sus encuentros por primera vez, junto a la puerta de salida.

Germán señaló con el dedo detrás de la espalda de Sergio. A lo lejos, entre las ramas de un árbol, Germán creyó ver una sombra que los vigilaba desde la penumbra.

-: ¿Qué? ¿Qué hay? Preguntó intrigado Sergio.

Cuando Sergio y Mauricio giraron para escuchar la respuesta de su amigo, éste ya no estaba, y de forma casi increíble, el cuerpo de Federico tampoco. ¿Qué ocurría? ¿Dónde estaba Germán, Federico...? ¿Y Ariel? ¿Dónde estaba Ariel? ¿Entró realmente en algún momento al cementerio, o todavía estaría esperando la señal de la linterna? Lo único real es que algo más que extraño estaba ocurriendo, y sin saber como la noche llegaría a su fin, Mauricio y Sergio estaban desesperados por salir del lugar para pedir ayuda, ahora sin la luz de la luna, oculta detrás de una nube.

Sergio comenzó a gritarle a Mauricio, diciéndole que dejara de reírse de esa forma. Mauricio, serio, decía que de qué podía reírse en esa situación. Sergio parecía no escucharlo y agarrándose de forma desesperada la cabeza insistía en que ya no se riera de él. Mauricio, desde su postura ya no tan escéptica, se encontraba en un clima de verdadera confusión y tormento. Más tormento era el que atravesaba Sergio, quién no paraba de gritar que ya no se rieran de él.

Mauricio se alejó espantado de quien no parecía ser su amigo. La voz de Sergio se convertía segundo a segundo en una voz tan sombría como las viejas tumbas del lugar. De

forma incontrolada se lanzó hacia Mauricio pegándole, mordiéndole, y arañándole brutalmente. En un momento de rapidez Mauricio logró soltarse al instante en que Sergio caía literalmente poseído dentro de un hoyo.

Mauricio corría desesperado entre tumba y tumba buscando la forma de salir del lugar. Flores secas y cruces caídas era el horrible paisaje que apenas se dejaba ver ante sus ojos. ¿Dónde estaban las puertas de ese espantoso lugar? Se estaba volviendo loco. Cerca de él, distinguió a un hombre con una pala. Mauricio pensó que el sereno sería su salvación. De manera acelerada se acercó a éste que se encontraba de espaldas. El hombre era corpulento, alto, de pelo canoso. Al darse vuelta el hombre, Mauricio se topó con el rostro ensangrentado de Ariel.

-: Les advertí que volvieran. Oportunidades, oportunidades. Ahora jugaremos nosotros.

Ese no era Ariel y Mauricio estaba seguro. Completamente estupefacto por lo ocurrido durante esos tan pocos y macabros minutos, Mauricio se desvaneció.

El sereno abrió las puertas del cementerio a las ocho treinta de la mañana para dar comienzo al horario habitual de visitas. A los ocho cincuenta y cinco el grito aterrador de una mujer llamó la atención del sereno y de varios visitantes que alcanzaron a oírla. Varios fueron los que acudieron a ver que sucedía. La escena era verdaderamente espantosa...

Cuatro de los cinco amigos fueron encontrados esa mañana. Germán apareció enterrado bajo tierra, desnudo, sumamente hinchado. Los médicos quedaron increíblemente aterrorizados al llevar a cabo la autopsia. Un cuerpo humano se hallaba en su interior, disuelto de pies a cabeza. Era Federico.

Sergio fue encontrado vivo, con el cuerpo enterrado y la cabeza en la superficie. Completamente ciego. Hoy se encuentra internado en un psiquiátrico. Desde hace ocho

años que no duerme, repite de manera constante “vuelve, vuelve, y nadie hizo caso. Vuelve, y se va. No se rían de mí. Vuelve, vuelve...”

Mauricio fue hallado inconsciente dentro de un cajón, en un nicho del cual colgaba en la parte superior una mano humana que señalaba el lugar. Mauricio hoy está preso, acusado de doble asesinato e intento de otro más. Desde aquella noche Mauricio jamás volvió a pronunciar una sola palabra de su boca.

El sereno fue absuelto de cargo y culpa al comprobarse que esa noche cumplía su día de franco.

Ariel está desaparecido, su familia lo busca incansablemente.

Peúmafe